

# Una Paella para Charlie Chaplin



Primera edición en REINO DE CORDELIA, mayo de 2022

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

 @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Alfonso Vázquez, 2022

Sobrecubierta: © José M<sup>a</sup> Gallego, 2022

Cubierta: Imágenes del Hollywood de los años 30 y de actores y directores españoles mientras trabajaban allí, en la Meca del cine

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 978-84-19124-02-9

Depósito legal: M-13115-2022

*Diseño y maquetación:* Jesús Egidio

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Una Paella para Charlie Chaplin

Alfonso Vázquez



# Índice



Escena 1 <sup>a</sup>	Un baño turco en Hollywood	19
Escena 2 <sup>a</sup>	Playa de Santa Mónica	23
Escena 3 <sup>a</sup>	Mansión de Marion Davies. Beverly Hills	29
Escena 4 <sup>a</sup>	Despacho de Irving Thalberg. Estudios de la Metro	33
Escena 5 <sup>a</sup>	<i>Bungalow</i> de Harpo Marx. Beverly Hills	39
Escena 6 <sup>a</sup>	Dormitorio de Miguel Mihura. Los Madriles	45
Escena 7 <sup>a</sup>	Estudios de la Metro Goldwyn Mayer	53
Escena 8 <sup>a</sup>	<i>Île de France</i> . Océano Atlántico	57
Escena 9 <sup>a</sup>	Plató de <i>Luces de la ciudad</i> . Chaplin Studios	63
Escena 10 <sup>a</sup>	Tren Chicago – Los Ángeles	67
Escena 11 <sup>a</sup>	Hotel Beverly Hills	73
Escena 12 <sup>a</sup>	Estación de Carson City. Nevada	79
Escena 13 <sup>a</sup>	Bar clandestino. Sunset Boulevard	89
Escena 14 <sup>a</sup>	Estación de Los Ángeles	95
Escena 15 <sup>a</sup>	Hollywood Boulevard	103
Escena 16 <sup>a</sup>	Estudios de la Metro Goldwyn Mayer	107
Escena 17 <sup>a</sup>	Despacho de Louis B. Mayer. Estudios de la Metro	113

Escena 18 <sup>a</sup>	Plató de <i>La pastora descarriada</i> . Estudios de la Metro	119
Escena 19 <sup>a</sup>	Mansión de Chaplin. Beverly Hills	125
Escena 20 <sup>a</sup>	Restaurante Henry's. Hollywood Boulevard	135
Escena 21 <sup>a</sup>	Maravilla Drive. Beverly Hills	139
Escena 22 <sup>a</sup>	Dormitorio de Miguel Mihura. Los Madriles	143
Escena 23 <sup>a</sup>	Cantina de la Metro	147
Escena 24 <sup>a</sup>	Playa de Santa Mónica	155
Escena 25 <sup>a</sup>	Plató de <i>Luces de la ciudad</i> . Chaplin Studios	165
Escena 26 <sup>a</sup>	Estudios de la Metro Goldwyn Mayer	173
Escena 27 <sup>a</sup>	Plató de <i>El presidio</i> , versión española	177
Escena 28 <sup>a</sup>	Mansión de Charlie Chaplin. Beverly Hills	181
Escena 29 <sup>a</sup>	Maravilla Drive. Beverly Hills	185
Escena 30 <sup>a</sup>	Estudios de la Metro	199
Escena 31 <sup>a</sup>	Plató de <i>El presidio</i> . Estudios de la Metro	207
Escena 32 <sup>a</sup>	Cantina de la Metro	211
Escena 33 <sup>a</sup>	Castillo Hearst. San Simeón	219
Escena 34 <sup>a</sup>	Beverly Hills	241
Escena 35 <sup>a</sup>	Café de Pombo. Los Madriles	245
Escena 36 <sup>a</sup>	Plató de <i>Luces de la ciudad</i> . Chaplin Studios	255
Escena 37 <sup>a</sup>	Estudios de la Metro Goldwyn Mayer	261
Escena 38 <sup>a</sup>	Los Angeles Theatre	267
Escena 39 <sup>a</sup>	Casa de Alfred Hitchcock. Londres	271
Escena 40 <sup>a</sup>	Mansión de Charlie Chaplin. Beverly Hills	275



A José María Torrijos,  
querido embajador de la otra Generación del 27

A los españoles que en los años treinta pusieron  
una pica en Hollywood, *in memoriam*.



«En la sauna había un hombre bajito sudando. Edgar Neville nos presentó: era Charlie Chaplin».

JOSÉ LÓPEZ RUBIO

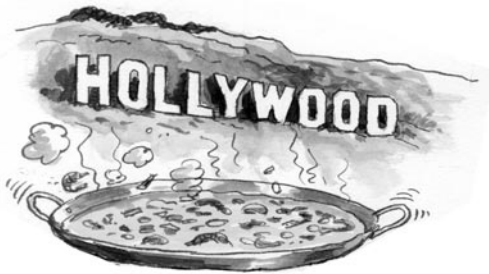
## Personajes reales de la novela, por orden de aparición

- 👑 JACOBO FITZ-JAMES STUART, duque de Alba.
- 👑 CHARLIE CHAPLIN, actor cómico y director.
- 👑 DOUGLAS FAIRBANKS, actor.
- 👑 LOUIS B. MAYER, presidente de la MGM.
- 👑 HAROLD LLOYD, actor cómico.
- 👑 WILLIAM RANDOLPH HEARST, magnate de la prensa.
- 👑 MARION DAVIES, actriz y amante de Hearst.
- 👑 IRVING THALBERG, vicepresidente de la MGM.
- 👑 HARPO MARX, actor cómico.
- 👑 CHICO MARX, actor cómico.
- 👑 GROUCHO MARX, actor cómico.
- 👑 EDGAR NEVILLE, director de cine y escritor de humor.
- 👑 MIGUEL MIHURA, comediante y escritor de humor.
- 👑 JOSÉ LÓPEZ RUBIO, comediante, director de cine, escritor de humor.
- 👑 ENRIQUE JARDIEL PONCELA, comediante y escritor de humor.
- 👑 JOSÉ ORTEGA Y GASSET, filósofo.
- 👑 RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN, escritor.
- 👑 RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, escritor.
- 👑 ANTONIO DE LARA, *Tono*, dibujante.
- 👑 HARRY RAPF, directivo de la MGM.
- 👑 GRETA GARBO, actriz.
- 👑 ALFRED HITCHCOCK, director de cine.
- 👑 LUIS BUÑUEL, director de cine.



- 👑 VIRGINIA CHERRILL, actriz en *Luces de la ciudad*.
- 👑 CLARK GABLE, actor.
- 👑 MICKEY ROONEY, actor y niño prodigio.
- 👑 CARY GRANT, actor.
- 👑 JOAN CRAWFORD, actriz.
- 👑 EDITH MAYER, hija de Louis B. Mayer.
- 👑 BUSTER KEATON, actor cómico y director.
- 👑 ROSCOE *FATTY* ARBUCKLE, actor retirado.
- 👑 ROSITA DÍAZ GIMENO, actriz.
- 👑 STAN LAUREL, actor cómico.
- 👑 OLIVER HARDY, actor cómico.
- 👑 MARLENE DIETRICH, actriz.
- 👑 ERICH VON STROHEIM, director de cine.
- 👑 HENRY BERGMAN, actor cómico.
- 👑 WALLACE BEERY, actor.
- 👑 WILLIAM FAULKNER, escritor y guionista.
- 👑 HOWARD HAWKS, director y productor.
- 👑 MARY PICKFORD, actriz.
- 👑 WARD WING, director de *El presidio*, versión española.
- 👑 SERGUÉI EISENSTEIN, director de cine.
- 👑 JOHN GILBERT, actor.
- 👑 JUAN DE LANDA, actor.
- 👑 JOSÉ SOLANA, pintor.
- 👑 JOSÉ BERGAMÍN, escritor.
- 👑 ALBERT EINSTEIN, físico.
- 👑 ELSA EINSTEIN, prima y esposa de Albert Einstein.
- 👑 SARAH MELTZER, madre de Luis B. Mayer.
- 👑 ALMA REVILLE, esposa de Alfred Hitchcock.
- 👑 PATRICIA HITCHCOCK, hija de Alfred Hitchcock.

# Una Paella para Charlie Chaplin



Enrique Jardiel Poncela como una manzana durante un ensayo del rodaje en Hollywood de *Angelina o el honor de un brigadier*, junto al dramaturgo Julio Peña (de izquierda a derecha), Rosita Díaz Gimeno, José Crespo y Juan Torená.





196/8

## Escena 1ª

# Un baño turco en Hollywood

EL PERFIL EQUINO del duque de Alba, forofó del polo, hendía los vapores como un buque rompehielos.

—¿Qué tal, Duke?, estamos por aquí —voceó Douglas Fairbanks como Dios le trajo al mundo.

El aristócrata español, sin condecoraciones y en escueto traje de Adán, percibió en la niebla el destello de unos dientes.

—¡Aquí, Duke! —repitió el astro de la pantalla.

Alguien le cogió la mano. Era Charlie Chaplin, que le condujo al banco en el que los dos amigos sudaban la gorda.

—Ven por aquí. ¡Tranquilo, Duke, si resbalas, resbalo contigo! —rio.

—Bienvenido al hogar —dijo Fairbanks con los brazos abiertos mientras le dedicaba otra ráfaga dental.

El duque de Alba se sentó entre los dos y dio un repullo al sentir los listones de madera.

—Buenos días, amigos.

—Ponte cómodo —le aconsejó Charlot.

Al aristócrata, hombre de mundo, solo le costó unos segundos adaptarse a este acto social en pelota picada. Se encontraba entre dos de los más grandes actores de Hollywood, que a su vez le observaban fascinados, como si contemplaran por vez primera un exótico pájaro extinguido. El dodo redivivo.

—Sabes, Duke —comentó Chaplin—, he sido pobre como las ratas y aquí estoy, con el mismísimo duque de Alba en un baño turco.

Jacobo Fitz-James Stuart soltó una carcajada con ecos de relincho.

—El mundo da muchas vueltas, Charlie. Me alegro de que el azar nos haya juntado a los tres.

—¿Oye, pero tú cuántos títulos tienes? —le espetó Fairbanks con curiosidad infantil.

—¿Te soy sincero?, me cuesta recordarlos. Los tengo apuntados por ahí.

—¿Te dan mucho dinero tus tierras y castillos?

«Incluso en cueros estos yankis no dejan de pensar en la guita», rumió el duque.

—Lo justo para contarme entre vuestras amistades.

Los dos actores festejaron la respuesta. Fairbanks se puso de pie con los brazos en jarras. Los vapores solo dejaban ver su cara de pícaro ladrón de Bagdad.

—¿Vendrás a la fiesta?

—¿La de esta noche?

—Siempre que no te presentes así —dijo Chaplin, que levantó las dos piernas y empezó a agitarlas como si pedaleara de forma enloquecida.

El aristócrata bajó la testa caballuna y aguantó la risa. Al alzarla de nuevo atisbó entre la bruma una figura baja y rechoncha que cuando se aproximó empezó a toser y, sin saludar a la concurrencia, salió del baño. Chaplin, que lo reconoció, dejó el pedaleo.

—¡Cabronazo! —masculló.

—¿Qué has dicho? —preguntó el duque Jacobo.

—He dicho «cabronazo». ¿No has visto quién pasaba, Doug?

—No, pero me lo imagino: ¿Louis B. Mayer?

—¡Cómo me conoces!

El duque de Alba, discreto y vaporoso, guardó silencio y hasta se abstuvo de piafar.

## Escena 2ª

# Playa de Santa Mónica

EL GRAN FOCO DE LA LUNA iluminaba al hombre bajito y sin cuello, inmune a la brisa y al vestido de encaje que las olas dejaban en la arena. Había salido de su casa de estilo español y en dos pasos se había plantado en la orilla. El puro con el que ahumaba la noche parecía a punto de morir guillotinado. Aflojó la presión. «Parió la abuela, me duelen las muelas. ¿Cómo puede ser si llevo dentadura postiza?», se preguntó agobiado.

Las olas no lograban apagar el foxtrot de moda que salía de una de las mansiones de la playa.

—¡Parió la abuela! —dijo en voz alta y en un arrebató de rabia lanzó el partagás al mar—. ¡A la mierda! —sentenció. Su voz era cálida y profunda, como salida de las profundidades de un volcán.

A sus pies tenía el océano Pacífico y lo único que se le ocurrió fue dar un saltito para que las olas no le mojaran



los zapatos. Lejos de disfrutar del escenario, su angustia le transportó a la niñez y se vio recogiendo chatarra y trapos por las calles. «¿Volveré a ser chatarrero?», se preguntó. El augurio le hizo sentir un escalofrío.

La culpa la tenía esa película del demonio, *El cantor de jazz*. Desde el estreno no podía quitársela de la cabeza. «¿Será una moda pasajera o se irá al garete nuestro cine?», pensó. El salto técnico era tan grande, reproducir la voz de los actores, que no sabía muy bien por dónde empezar. ¿Cómo grabar a un vaquero galopando a todo trapo?, ¿no dejarían sordo al respetable tanto disparo? Dedicó una mirada siniestra al firmamento. ¿Y qué hacer con las estrellas del estudio con voz inapropiada? Al momento se le presentó la varonil figura de Ramón Novarro, el protagonista de *Ben-Hur*, la película que tantos sudores le había costado sacar adelante. «¿Cómo reaccionará el público cuando descubra que el *latin lover* tiene la voz de su compañera de reparto?», dijo para sí.

—Tierra trágame —masculló.

—Hola, ¿se puede? —interrumpió una voz.

Hacia él se aproximaba, en traje de baño y sin gafas de pega, Harold Lloyd, que tenía la costumbre, y no era de los vecinos más excéntricos, de nadar todas las noches.

—Espero no interrumpir —saludó cuando estuvo más cerca. Frente al cómico, un joven afable y sin aristas, Louis B. Mayer, el presidente de la Metro, era el alambre de una ratonera.

—Ejem, no interrumpes, Harold. ¿Qué tal van las cosas?

—¡Bien, muy bien!

El actor le estrechó la mano y al instante Mayer recibió una dosis de paz. Lo mismo le pasaba con Frank Capra. Más que personas eran calmantes. Seres de otro planeta en el cardíaco mundo del cine.

—¿A por tu baño diario?

—Nocturno. Además, hay luna llena. Será fantástico.

—El cómico retaba a las olas con su alegría—. ¿Y a ti cómo te va, Louis?

—¿Llegaste a ver la película?

El protagonista de *El hombre mosca* apagó una carcajada.

—¡La película! No hace falta decir más, ¿verdad? Sí, por supuesto.

Mayer dibujó con el zapatito una curva en la arena.

—¿Y qué te pareció?

—Que no hay que despreciar al enemigo sino superarlo.

El productor puso los ojos en blanco y se pasó la manita por la cara.

—«Superarlo», como dices, costará un riñón.

—Es la única manera de seguir en este negocio, lo sabes mejor que yo. O te subes al tren...

—... o te quedas en la estación.

—Exacto. Y estoy seguro de que tú irás en primera clase.

—¿Y no descarrilaré? —Una racha de viento le liberó un grueso mechón de pelo.

—¡Vamos!, ¡eres Louis B. Mayer! —El actor le puso las dos manos en los hombros y fue como si se las impusiera un curandero.

—Gracias, Harold, tú siempre animando al personal —dijo con una sonrisa de alivio y se recolocó el mechón—. Pero dime una cosa, ¿qué pasará contigo?

—¿Connmigo? —El cómico bajó los brazos.

—Sí, con tu carrera, con tus gags..., ¿no tienes miedo de perder el tren?

Harold Lloyd levantó el brazo derecho y le mostró la mano extendida, en la que un par de dedos habían ido a por tabaco.

—¿Ves esta mano?, ¡no me digas que no sabes la historia, L. B!, es lo primero que se cuenta de mí —su vecino puso fingida cara de póker—. Perdí los dedos durante una sesión de fotos. ¿A que parece un gag de los míos?: Cogí una bomba del estudio pensando que era falsa, encendí un cigarro con ella y ¡bang! Me quedé ciego varias semanas y cuando recuperé la vista me vi con esto —dijo mientras agitaba la mano—. Fue hace muchos años y he seguido haciendo películas. He trepado por edificios, saltado de coches en marcha y hecho cabriolas sin ningún problema. Me puse un guante especial para disimular en la pantalla... y a seguir adelante. Pues eso mismo pienso hacer. ¿Comprendes?

Mayer asintió.

—Bueno, me vas a tener que disculpar, ¡el mar me espera!, ¡no te desanimes! Si llega el cine sonoro, ¡hablaremos por los codos! —Y sin mediar palabra se lanzó en pos de las olas.

Un nubarrón comenzó entonces a cubrir la luna hasta dejar al productor en la oscuridad. El efecto calmante había pasado. Estaba preocupado por su futuro y por el de Harold Lloyd, pero, a decir verdad, le importaba un rábano lo que le pudiera pasar al cabronazo de Charlie Chaplin.

Escena 3ª  
Mansión de Marion Davies.  
Beverly Hills

—DEJA EL FONÓGRAFO, por favor, ¡y deja de lloriquear!  
—ordenó.

La aguda vocecilla de William Randolph Hearst, magnate de la prensa con hechuras de ropero, resonó en el comedor de estilo quijotesco, con labradas testas de criaturas cervantinas en los respaldos de las sillas y de centro de mesa, el idealizado busto del manco de Lepanto, libre de mellas, arrugas y pesares.

—Está bien, pppa...pi —contestó Marion Davies. Resignada, se secó una lágrima y puso cara de Juana de Arco antes de acallar el foxtrot.

Por uno de los ventanales la luna cotilleaba entre espigadas palmeras y bañaba la mansión que, en esas alturas de Beverly Hills, evocaba el Generalife.

—Tienes que calmarte, cariño— le espetó el magnate. Durante el siguiente minuto los ojos de hielo azul de William Randolph Hearst contemplaron sin pestañear a su amante, treta que empleaba con gran éxito en los negocios, al poner de los nervios a sus oponentes.

—Deja de mirarme así, papi. No lo soporto —repuso la actriz.

El dueño del mayor emporio mundial de prensa, con miles de empleados a sus órdenes, cedió compungido.

—Está bien, cariño. Solo quiero tu bien... que te calmes.

Marion Davies respondió con un manotazo en la mesa de nogal, labrada por encargo en Talavera.

—¿Cómo quieres que me cccal...me? Proyectarme esa maldita película ha sido lo peor que podías hacerme.

—¿Tengo yo la culpa? —Las manos del magnate, por lo general sin vida, golpearon su pecho como un orangután macho.

—¡Solo te digo que me has puesto de mal humor!

Hearst volvió a golpearse los flácidos pectorales.

—¿Qué yo te he puesto? Vamos, cariño. Olvidemos la película. Mira, se me caían los ojos de sueño —mintió y maldijo a los hermanos Warner y al cantor de jazz por alterar la paz de su ilícita relación. «Si se pone de moda el cine sonoro, ¿quién querrá de protagonista a una tartaja?», pensó, y cerró los ojos para fulminar la crueldad.

—El sueño te lo provocará mi cccom...pañía —la actriz apartó el faisán a las finas hierbas. De la oscuridad de la sala surgió un camarero de immaculado negro Habsburgo para retirar la cena. William Randolph Hearst cambió de táctica: se levantó para situarse a la espalda de su amor y desplomar las manazas en sus hombros.

—¡Un día tus atenciones me van a contusionar!

El empresario dejó caer una de las garras sin vida en la mesa y tomó un libro.

—¿Qué lees? —dijo y antes de que contestara leyó—: *Vida de Sócrates*.

—¿No te parece bien?

—Me encanta que leas libros, cariño, ya sabes que yo solo leo periódicos... y por encima —Hearst devolvió la mano al hombro de su amada y comenzó a masajearla como si amasara harina.

—Gggr...acias, papi. No sigas. Ya estoy mejor.

—¿Sabes?, estarás de perlas cuando recibas clases de dicción. Tendrás los mejores profesores. —El hombre acercó el corpachón y fijó los ojos azul témpano en el rostro angelical de su amada.

—¿Podrán ccconmigo?

—Solo tartamudeas cuando te pones nerviosa.

—Los rodajes me ponen.

—Siempre estoy contigo en ellos, ¿verdad?

—Sí.

—Pues seguiré a tu lado si se ponen de moda las películas sonoras.

Marion Davies agachó la cabeza. En la inmensidad del cervantino comedor parecía Dulcinea junto a su caballero de oronda figura.

—¡No sé si podré continuar en el cine! —soltó con voz quebrada.

—¡Pamplinas!, ahora mismo llamaré a Nueva York para contratar al mejor profesor de dicción. ¡Hablarás como una reina! Y desde luego, mucho mejor que la Garbo, con ese horrendo acento de leñador sueco.

—Ejem, señor —interrumpió un edecán surgido de la nada.

—¡Qué pasa!

—Su mujer, al teléfono.

El millonario imploró al cielo del artesonado burgalés. Luego, con lúgubre vocecilla soltó:

—¡Si la tuviera en nómina, la despediría! Enseguida estoy contigo, cariño.



Escena 4<sup>a</sup>  
Despacho de Irving Thalberg.  
Estudios de la Metro

—¿QUÉ HACEMOS, IRVING?

Parapetado tras una mesa llena de libros y guiones, Irving Thalberg, pálido niño prodigio de la Metro, el directivo que nunca dormía, se atusaba en vano la marejada perpetua del cabello. Louis B. Mayer, cabizbajo, continuaba la jereñada con andares de bailaor de San Vito.

—Dime, ¿qué hacemos?

—¡Ejem!

—¿Te encuentras bien? —preguntó Mayer alarmado, sin dejar de pasear por el despacho. La frágil salud de Thalberg, imponderable que, decían las malas lenguas, podía mandarle al otro barrio en cualquier momento, le tenía sobre ascuas.

—Tranquilo, L. B., solo estoy algo ronco. ¿Por qué no te sientas?, pareces un tiovivo. ¿Quieres una manzana?

—¡No, gracias! —negó con un aspaviento.

—Pues me la tomo a tu salud. Son una fuente de energía.

—Thalberg rescató la fruta de entre los guiones y la atacó con delectación—. ¿Por qué no te sientas? —insistió.

—Porque no me da la gana. ¿Me vas a decir de una vez qué hacemos? —protestó Mayer con manitas oferentes.

Thalberg dejó la manzana y se puso en pie con dificultad para encararse con el histriónico presidente de la Metro.

—¿Y tú me lo preguntas?

—¡Claro!, ¡somos un equipo! —respondió Mayer, que frenó en seco.

Thalberg empezó a entrechocar monedas del bolsillo mientras esbozaba una sonrisa. «No soporto ese ruidito, me pone de los nervios», pensó su colega.

—Te diré qué haremos, L. B. —Thalberg dejó pasar unos segundos mientras el tintineo se acrecentaba. Por fin, sacó la mano pálida y huesuda del bolsillo y levantó el índice:

—Contraatacaremos.

Louis B. Mayer recordó que Harold Lloyd le había aconsejado algo parecido, aunque sin aires marciales.

—Un contraataque...

—Eso es, nos toca responder.

—¿Con toda la... artillería? —aventuró.

—Con toda.

En el rechoncho presidente se fue dibujando una expresión de alivio.

—¿Y cuáles, ejem, serán nuestras fuerzas?

El albo niño prodigio devolvió la mano al bolsillo para revolver las monedas.

—¿No lo oyes? Es muy sencillo: más dinero.

—¿Más todavía?

—¡Más inversión! Tendremos los mejores equipos de sonido, contrataremos a los mejores técnicos. Haremos películas sonoras de larga duración si el público lo demanda.

—¿Y qué hacemos entonces con tipos como Ramón Navarro?

—¿Qué quieres que hagamos? —Thalberg apoyó los frágiles brazos en la mesa.

—Lo sabes tan bien como yo, ¡tiene la voz de mi hermana! Y luego está la Garbo, que suena... ¡a leñador sueco! ¡Tendrá que hablar lo menos posible!

Su compañero guardó casto silencio, contemplaba la foto dedicada de su novia, la actriz Norma Shearer, con el perfil bueno que ocultaba la bizquera. L. B. aguardó impaciente.

—¿Navarro no es portorriqueño?

—Mexicano —le corrigió Mayer.

—¿Cuándo termina su contrato?

—¡Uff! En cinco o seis años.

—Para empezar le casaremos y luego recibirá clases. Eso haremos con todos los que tengan ese problema.

—¿Con los invertidos?

—¡No!, a todos los que patinen con la dicción —precisó Thalberg—. Los que lo necesiten recibirán clases para hablar como el público espera y si no dan la talla, ¡aire!

—¿Y qué pasará con los carteles que explican la acción?

—¿Para qué los queremos?, habrá que jubilarlos.

Mayer respondió con un zapatazo.

—¿Cómo que jubilarlos?, ¿y cómo se van a enterar en México o en Alemania?, ¿con lenguaje braille? ¿Quién entiende inglés por allí?

Thalberg puso cara de santón del desierto y lanzó a Mayer un dossier con tan poca fuerza que cayó a los pies presidenciales.

—Anoche no fui a casa, me quedé aquí trabajando.

L. B. oteó la cara demacrada de Thalberg antes de agacharse a por el informe, de tres escuetas páginas. Las manitas del exchatarrero lo agitaron en el aire antes de devolvérselo a su pálido compañero.

—Ya sabes que no aguanto los informes largos. ¿De qué va?

—De que no harán falta más carteles.

—¡Al grano!

Irving Thalberg rodeó la mesa y se plantó delante de él con los brazos cruzados.

—Rodaremos las películas varias veces.

Mayer puso cara de pasmado y volvió a dar un zapatazo.

—¿Estás loco?

—Está todo pensado: la primera vez, en inglés, y las siguientes, con actores de cada país en las lenguas principales: francés, español, alemán. Así, nuestras películas cubrirán buena parte del globo.

—¿Estás seguro?, habría que crear un departamento de... ¡lenguas extranjeras!

—Eso es contraatacar, L. B. No te preocupes, tengo todo planeado. ¿Y sabes qué haremos primero?

—Te escucho.

—Le pondremos sonido al león. ¡El público tiene que escucharlo rugir!

Louis B. Mayer fijó sus ojillos en el prodigioso directivo, segundo de a bordo de la Metro, y prorrumpió en tiernos sollozos. Pese a su merecida fama de colérico, era de lágrima fácil. Agradecido, tomó las manos de su colega por las muñecas pero las soltó horrorizado. Habría jurado que carecían de pulso.

Escena 5<sup>a</sup>  
*Bungalow* de Harpo Marx.  
Beverly Hills

—P<sub>ASO</sub>.

—Paso.

—Envido a Chico.

—¡No, Harpo!, es «envido a chica».

—¡No, a Chico!, ¡a mi hermano!

Eran Edgar Neville y tres de los hermanos Marx —Chico, Harpo y Groucho—, que se estrenaban en el mus gracias a las dotes pedagógicas de Neville, el afable aristócrata español que había pedido una excedencia en su Embajada en Washington para irse de parranda a Hollywood. Faltaba Zeppo, el galán de los Marx, no solo porque en el mus jugaran cuatro y él fuera el quinto en discordia, sino porque prefería asaltar timbas más renombradas.

—Creo que tengo la una —dijo Groucho mientras alzaba varias veces las cejas.

—No, antes van los pares, además, tienes que guiñar a Chico cuando tengas la una, no levantar las cejas, ¡y no nos descubras tu juego! ¡Jajaja! —La risa de Edgar Neville era oronda y pomposa, la de un lord inglés entrado en carnes, a pesar de su relativa delgadez.

—Mus, mus..., ¿no es «ratón» en latín? —preguntó Harpo.

—Sí, de ahí viene vuestro «*mouse*».

—Así que estamos jugando al mus, al ratón. ¿Y al gato? —preguntó Groucho.

—El gato somos Harpo y yo, que os daremos un buen zarpazo si no os concentráis —sentenció Edgar.

—¡Eso! ¡Vamos a concentrarnos o perderemos! —ordenó Chico con un manotazo. Era el único absorto en el juego, para el que empleaban cacahuets pelados y no los reglamentarios garbanzos.

Neville había conocido a los Marx en una fiesta en Pickfair, la mansión de Douglas Fairbanks y Mary Pickford, una de las pocas que en Hollywood no se había rendido al estilo arquitectónico español, quizás porque fue de las primeras. Chaplin les presentó y en seguida congeniaron. Pronto descubrió que Groucho era irónico y sosegado; a Chico le perdían las apuestas deportivas; a Zeppo, el póker y a Harpo, las tertulias con intelectuales, especímenes inencontrables en la meca del cine. Los hermanos acababan de rodar *Los cuatro cocos*.

—No tengo pares.

—Tengo.

—¿Sabéis adónde han ido nuestras mujeres?

—De compras.

—¡Ssschist! ¡Así no se puede jugar!

—¡Órdago a pares!

—Hermanito, ¿tienes algo de beber?

—¿Quieres agua? —ofreció Harpo.

—Con hielo y whisky, gracias —pidió Groucho.

Harpo fue hacia la estantería y apartó con cuidado unos diálogos de Platón para descubrir una botella y una cubitera. Neville sonrió como Alí Babá ante la cueva.

—Pero ¿y la Ley Seca?

—¡No rige en Hollywood, muchacho! —exclamó Groucho mientras engullía dos cacahuets al vuelo.

—¡Acabas de jorobar la puntuación! —se quejó Chico.

—El mus es muy nutritivo —replicó.

—¿Alguien más quiere whisky?

—No, gracias, paso.

—Envido.

—No, paso del whisky, quiero decir —se corrigió el español.

Después de que el líquido ámbar le reanimara, Groucho soltó:

—Queridos, ¿hacemos un alto?, podemos seguir jugando a este juego español el siglo que viene.



Neville respondió con otra oronda carcajada.

—¿Esas tenemos? —protestó Chico, que voléó las cartas en la mesa y cruzó los brazos enfurruñado.

—¡Vamos, colega!, ¡sé bueno! Déjame que saboree el agua de fuego.

—¿Cuándo vienen tus amigos de España? —preguntó Harpo, que volvió a sentarse.

Neville se pellizcó la nariz antes de responder.

—Pronto. Algunos ya han aceptado y se vendrán conmigo a la Metro —dijo y se dio otro pellizco.

—Te vas a quedar chato —auguró Chico.

—Es un tic. Algún defecto tenía que tener.

—¿Y qué harán exactamente?, ¿lo mismo que tú? —preguntó Groucho, que miraba embelesado el vaso de whisky al trasluz.

—Exacto, adaptar diálogos. Y rodar la misma película pero con actores de habla española.

—¿Cómo sonaremos en español?, ¿estaría bueno escucharnos! —apuntó Groucho, que tarareó *Toreador* antes de echar otro trago.

Chico soltó una risotada.

—Tendríais que buscaros a un as del piano.

—Y a un arpista excelso —bromeó Harpo.

—Y alguien con mis andares —añadió Groucho.

—Sois intransferibles, como Chaplin o Keaton. Tendrán que buscar otro sistema, como hablar por vosotros.

—Pero entonces —planteó Chico—, ¿cómo solucionarán el movimiento de los labios? No se moverán igual si salimos hablando español.

—Pues imagínate en turco —apuntó Groucho.

—Yo no les daré ese problema —dijo Harpo—. Por cierto, ¿qué día llegan tus amigos?

—En España decimos que están *al caer* —respondió antes de pellizcarse la nariz.

Escena 6ª  
Dormitorio de Miguel Mihura.  
Los Madriles

—**A**QUÍ SIGO, ¡en el lecho del dolor!

—¡Pero si es de plumas de ganso! —replicó José López Rubio, que palpaba el colchón.

Miguel Mihura puso cara de cristiano insultado por Nerón.

—¡Anda, quita! —y manoteó el aire estancado del dormitorio.

—¿Pero qué tienes, Miguelito?

—Lo de siempre.

—¿La pata?

—La pata, sí.

—¿Cuál?

—¡Y qué más da!... ¡La derecha!

—¿Te ha visto el doctor?

—Me tiene muy visto. Soy su sobrino.

La postura del enfermo acrecentaba la papada que le daba un aire de viejo prematuro. Al lado de José López Rubio, con ojeras de noctámbulo y aire de preadolescente, Enrique Jardiel Poncela seguía el diálogo con sonrisa discreta e hizo el amago de boxear con la pierna derecha del lisiado.

—¡Ni se te ocurra, coño! —atronó el *sparring*, que se incorporó con dificultad.

—¡Venga, Miguel, que era una broma! —intercedió López Rubio, al que le salió el tonillo de su tierra natal, Motril.

—Y no te quejes. Sin necesidad de ir a Hollywood verás las estrellas —espetó Jardiel.

El doliente levantó el índice como un pantocrátor y avisó:

—¡El próximo que me intente tocar sale en el obituario de mañana!

Ajeno a la pugna amistosa, una moscarda golpeaba cansina el cristal de la ventana, poco convencida de que al otro lado le aguardara la libertad. Animó la tarde el frenazo de un tranvía y un intercambio de gritos.

—Anda ¡id a ver qué pasa!, ni enfermo puede estar uno —clamó el postrado.

López Rubio y Jardiel se plantaron a la vez en la ventana y espantaron la moscarda, que se mudó a la lámpara del techo. Junto a la ventana montaba guardia un telescopio, que en verano viajaba a San Sebastián para que los hermanos Mihura otearan a las bañistas.

—Qué chasco, un mozo de cuerda que se encara con el tranviario. No es nada —informó el granadino.

A su lado, la nariz arponera de Enrique Jardiel se aplastaba contra el cristal.

—¡Lástima!, el del tranvía no se baja.

—Pues veniros para acá. ¿Cuándo decís que os marcháis?

—En una semana salgo con Buñuel para coger el barco. Haré de avanzadilla. Luego se apuntarán Tono y Jardiel —informó López Rubio.

—Preferimos que Pepe nos cuente cómo está el cotarro y si todo marcha bien nos reuniremos —aclaró Jardiel Poncela.

—En Hollywood... —susurró el lesionado con mueca de mártir—. ¡Eso es como ir a la Luna!

—Otro mundo, sí, pero lleno a rebosar de americanos —sonrió José López Rubio, que estaba sentado en la cama y dibujaba números en la colcha. Su cabeza mostraba los avances de una prometedora alopecia.

—¿No le ofrecieron el puesto a Benavente?

—Don Jacinto no está ya para esos trotes y declinó.

—Y Arniches también porque allí no hay agua de Solares —apostilló Jardiel.

—¿Y no os devolverán en la aduana?

—¿Pero cuántas veces te lo voy a contar?, ¿no te fías de mí? Edgar Neville, que se cameló al duque de Alba por

ser amigo de su mujer, me escribe que ya conoce a medio Hollywood. ¡Si vamos a tierra conquistada!

—¡Te vamos a echar de menos, Miguelito! —soltó Jardiel, que hizo otro amago de boxear.

—¡Para ya! Además, cuando andéis por allí me vais a extrañar tanto como a la casera.

—¿No hay posibilidad de que te recuperes pronto?, yo no te veo tan mal.

El enfermo resopló y entrevió la fugaz moscarda.

—Pero Pepe, si las muletas no se separan de mí. ¿Qué pinto yo en el Sunset Boulevard ese con esta planta de tísico?

—Ay, ¡te teníamos que haber dejado en La Granja!

Mihura sonrió complaciente. Se regodeaba en su papel de enfermo rendido a un destino de sábanas mullidas.

—¡En La Granja!, ¡vaya tiempos!

Y a la vez que pronunciaba esas palabras y sin que nadie se percatara, el armario ropero, cuyo espejo convertía en figuras del Greco a los tres amigos, empezó a reflejar el interior del famoso café de los Madriles. Era la Granja El Henar de la calle de Alcalá, antigua lechería que cambió los cántaros y la manteca por cafés, horchatas y tertulianos de renombre.

El armario, que bullía de reflejos, escogió una tarde de hace años en la que don Ramón del Valle-Inclán, agarrado a un coñac, ceceaba un chiste verde a unos acólitos mien-

tras que en otro rincón, acompañado por un séquito menos festivo, don José Ortega y Gasset se soplabá de un trago un buen vaso de agua de Mondáriz y lo dejaba de un recio golpe en la mesa.

—¡Chico, qué sed tenía! —dijo al acompañante más próximo, que asintió con admiración—. Oye, ¿quiénes son esos?

—¿Quiénes, don José?

—Esos —y como Colón en Barcelona, el filósofo señaló a los sumisos jovenzuelos que se acercaban a una tertulia vecina—. Seguro que van a ver al *sumo sacerdote*. ¡Qué raro verlo por aquí! —Ortega llenó otro vaso de Mondáriz hasta el borde y lo alzó en el aire humeante del café—. ¡Pues que les aproveche! —y se lo llevó al coletó.

El *sumo sacerdote*, Ramón Gómez de la Serna, antes de officiar a las diez en su sede canónica, el Café Pombo, había entrado a saludar a unos amigos. En el hombro derecho penduleaba una cotorra verdigualda que no perdía detalle de lo que su dueño sostenía entre los dedos: un palillo ensartado en una aceituna rellena de anchoa, novedad mundial que distribuía una fábrica alcoyana.

—Oliva preñada de un fruto del mar. Los españoles descubrimos América y ahora, ¡esto! —sentenció antes de zampársela. Cuando la nuez de Adán hacía de fielato aparecieron nerviosos y felices los jóvenes. Pastoreaba el grupo un tertuliano del Pombo.

—Don Ramón, estos chicos que le buscaban y les he dicho que andaría por aquí. Quieren conocerle.

El páter de la tertulia se alisó el flequillo de ondas marinas.

—No os quedéis como postes, que no muerdo. ¿Cómo os llamáis? —inquirió con voz de noticiero.

Rompió el hielo José López Rubio. Le siguieron Miguel Mihura, Enrique Jardiel y Tono. Edgard Neville fue quien con más fuerza apretó la mano del maestro.

—¡Me sé de memoria casi todas sus greguerías!

—Eso es peor que la lista de los Reyes Godos.

—No cambio una de sus greguerías por Chindasvinto, don Ramón.

La risa del aludido evocó las cataratas del Niágara. La cotorra, asustada, batió las alas y quedó suspendida en el aire como un colibrí. Cuando cesó el jolgorio regresó al hombro.

—¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Edgar Neville, don Ramón.

—¿Y eres de por aquí?

—Del mismo Madrid. Es que mi padre era inglés.

—No hace falta que lo digas. Muchacho, tienes planta de duque de Sussex y sonrisa dentífrica, ¿por qué no pruebas suerte en el cine?

—¡Todo se andará!

—¿Cómo se llama? —inquirió Jardiel.



—¿Quién, yo?

—No, don Ramón, el lorito.

El páter acercó el dedo índice al hombro y el cotorrín trepó de un salto, luego le pasó el pájaro a Jardiel en una escueta carrera de relevos.

—Le he puesto Federico, le guste o no.